

las arrugas de las montañas, el temblor del viento en las frondosidades de los robles, de las hayas, de los abetos y de los castaños agrupados en aquellas pendientes.

En ese país bienaventurado, presenta amenudo la naturaleza una energía áspera y montaraz. No son siempre las sierras amables y risueñas. Darío de Regoyos interpreta con igual fortuna, la tristeza de sus cimas, el ruido de sus torrentes, la desolación de

sus valles durante los largos inviernos fríos y brumosos. Sus árboles, con hojas o despojados de ellas, corresponden perfectamente al terreno donde están plantados; sus cabañas, sus caseríos alegres o tristes, viejos o recién edificados; sus chozas y sus alquerías, risueñas o melancólicas, viejas o flamantes, son la prolongación necesaria, obligada del suelo que ocupan y que aprisiona sus cimientos. Sus cielos se presen-

tan ligeros, profundos, respirables; o tiemblan cargados de borrascoso calor; o se espacian en nubes prensadas cuando sopla viento, o se deshacen en aguacero. Sus campos, según las regiones, las estaciones del año, y las circunstancias, son amarillos, verdes, rojos, violáceos; saturados de agua o convertidos en carrizales; sus lejanías vaporosas o firmes, sus peñas ásperas se erigen en medio de sombras siniestras o

se esfuman entre claridades transparentes.

Evoca a menudo el pintor la hora del mediodía, y separa entonces con crudeza los objetos sin medias tintas, iluminados por un sol implacable que cae perpendicularmente, y suprime las sombras. De algunos de sus lienzos emana tan intenso calor, una impresión tan fuerte de ahogo, que diríase carecen de aire.—«Mejor,—exclamaria De-

gas,—es inútil la atmósfera».

Lo sabemos; no le importan a Regoyos las convenciones de composición, el equilibrio de líneas. No le inquieta ni le perturba nada un primer término enteramente rectilíneo, representativo de un campo de coles o de patatas, de unas plantas de maíz, de un muro de cascajo. No elige su visión, la recibe. La ejecución incisiva y áspera de Darío de Regoyos, presta a los objetos un relieve no exento de sequedad;

por esto, desde cerca, son frecuentemente sus lienzos rugosos. ¿Qué importa? A distancia conveniente, vibran; y por ellos, corre el aire, se propaga el sol, se volatiliza la luz.

Son sus paisajes o marinas perfectos trasuntos de la naturaleza: el sincero, formal y absoluto estudio de la realidad los dota de emoción inolvidable. Las dimensiones, que no buscó el artista con particular



REGOYOS.

Convento de la Madre de Dios, Córdoba.